

# Arturo Alessandri Palma: balance historiográfico en torno a su construcción heroica (Chile, siglo XX)

Arturo Alessandri Palma: historiographic balance around his heroic construction (Chile, 20th century)

Guillermo Elgueda Labra\*

## RESUMEN

El objetivo de este ensayo es ofrecer un balance historiográfico acerca de la figura de Arturo Alessandri Palma. En el texto se analizan, fundamentalmente, obras de carácter histórico publicadas en el siglo XX referentes al “León de Tarapacá”, ya sea que tratan su propia efígie o el período en el que desarrolló su acción política. Proponemos que la historiografía participó de manera determinante en la construcción heroica de Alessandri, endosándole, mediante un debate de larga duración, características sobresalientes y susceptibles de utilización política. Esto motivó —como en otras oportunidades— una espontánea y apasionada discusión en 2002 a lo largo de las páginas de *El Mercurio*, la que situamos en perspectiva histórica.

Palabras clave: Arturo Alessandri Palma, héroes nacionales, historiografía, Chile.

## ABSTRACT

This essay aims to offer a historiographical balance of the figure of Arturo Alessandri Palma. The text fundamentally analyzes historical works published in the twentieth century concerning the “Lion of Tarapacá,” dealing with his character or the period in which he developed his political action. We propose that historiography participated decisively in the heroic construction of Alessandri, endorsing him through a long-lasting debate, outstanding characteristics susceptible to political use. This motivated -as in other opportunities- a spontaneous and

Keywords: Arturo Alessandri Palma, national heroes, historiography, Chile.

\* Chileno. Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3937-2330>. E-mail: [gaelgueda@uc.cl](mailto:gaelgueda@uc.cl)

enthusiastic discussion in 2002 along the pages of *El Mercurio*, which we place in historical perspective.

“En mi familia estamos acostumbrados a que, cada cierto tiempo, surjan críticas y polémicas sobre don Arturo Alessandri Palma, cuya ilustre figura sale siempre fortalecida y se agiganta con el paso del tiempo”<sup>1</sup>.

ARTURO ALESSANDRI BESA

En abril de 2002, el historiador Alfredo Jocelyn-Holt publicó en el cuerpo “Artes y Letras” de *El Mercurio* una sugestiva reseña sobre Carlos Vicuña y su libro *La Tiranía en Chile*, a propósito de su reciente reedición por LOM Ediciones. En ese contexto, se refirió de manera tangencial y muy acotada a Arturo Alessandri Palma, a quién definió como “un caudillo demagogo, desleal y enredoso como los ha habido poco en este país” (*El Mercurio*, 07-IV-2002: E2). Ese breve juicio sobre el exmandatario provocó al abogado Patricio Valdés Aldunate quién, a través de una carta al director, defendió la figura de un mandatario que, a su juicio, había legado a Chile “una obra extraordinaria” al “canalizar las inquietudes sociales existentes en Chile, evitando quizás estallidos populares como los que se conocieron en otras partes de América”; y cerró su crítica opinando que los análisis sobre el pasado debían “ser serenos, exentos de pasión y sólo basados en el rigor histórico” (*El Mercurio*, 18-IV-2002: A2). Esta polémica —sobre la que volveremos— alcanzó niveles tales que, incluso, se involucró un colegio de Romeral que llevaba el nombre del mandatario, retratando una disputa por una figura histórica de relevancia política que ocupó a parte importante de la comunidad nacional chilena.

La disputa en torno de figuras históricas con rasgos, en principio, excepcionales y susceptibles de utilización política —lo que podríamos definir como un “héroe nacional”— es un fenómeno moderno extendido en Occidente desde la Revolución Francesa (Vovelle, 2003). De ninguna manera esta categoría se limita exclusivamente a hombres destacados por la realización de gestas militares, sino que estamos en presencia de una definición polisémica que comprende a todo tipo de figuras históricas de relevancia política. En ese sentido, el propio Michel Vovelle (1989) reconoce que ningún hombre, mujer o colectivo humano nace “héroe”, sino que esa condición esconde una operación artificial, de carácter simbólica y política, que produce

---

1 *El Mercurio*, 05-V-2002: A2.

finalmente su “fabricación”. Un artificio, a menudo inconsciente, que estriba en la modificación de la personalidad histórica de una figura: insinuando su predestinación, destacando un accionar excepcional respecto de sus pares y una conducta digna de la homologación heroica (Carrera Damas, 2003). De hecho, respecto de estas aristas es que, con posterioridad, se enfrentarán las visiones historiográficas que disputarán el valor de la figura heroica en cuestión, a su favor o en su contra. En otras palabras, se trata de herramientas simbólicas de legitimación política, que representan determinados valores e ideas y que, sobre todo, pueden ser instrumentalizados discursivamente en la esfera pública para justificar determinadas posiciones políticas (Demélas, 1999).

En América Latina, los procesos de fabricación heroica se caracterizaron por sus particularidades en función de las características geográficas, sociales y culturales de cada país, aunque, por supuesto, todos compartieron la necesidad de reinterpretar constantemente la propia historia nacional en un proceso que cruzó todo el siglo XIX y se proyectó hacia el siglo XX (Bertrand y Enríquez, 2016). De esa manera, Chile estructuró su panteón nacional en torno a una idea de “comunidad heroica”, que incluyó ceremonias cívicas-rituales, elaboración de pinturas y esculturas públicas, levantamiento de monumentos y producción de una cultura material (como estampillas, monedas o billetes) sobre determinados personajes a heroificar (Dedieu et al., 2015; Enríquez, 2017; Cid, 2011; Salgado, 2010; Voionmaa<sup>2005</sup>).

Poco sabemos, sin embargo, sobre el devenir de los procesos de construcción heroica en el siglo XX chileno. Una dimensión fundamental del mismo, sobre todo considerando las diferencias existentes entre el nacionalismo latinoamericano del siglo XIX respecto del XX. En efecto, Eric Hobsbawm (2010) estableció con claridad que la conciencia nacional decimonónica era fundamentalmente de carácter retórica y asentada en las élites locales, sin permear con demasiada profundidad en el resto de las capas de la sociedad. No obstante, en el siglo XX tendría lugar el desarrollo de un nacionalismo con una importante base social, a propósito de la participación de nuevos sectores sociopolíticos en los asuntos públicos de cada país, además del reconocimiento, desde las élites políticas y culturales locales, de que la nación también estaba constituida por el pueblo.

De ninguna manera pretendemos aquí resolver una problemática de esa envergadura, pero sí, al menos, deseamos enunciarla y considerarla como una dimensión contextual en nuestro análisis. De hecho, el personaje central de nuestro estudio, presidente de la República en dos períodos (entre 1920-1925 y 1932-1938), fue precisamente uno de los protagonistas en Chile de ese tránsito político, social y cultural del siglo XIX al XX, recibiendo en ese proceso el apodo de “León de Tarapacá”. Tampoco pretendemos abarcar aquí todo el proceso de construcción heroica que se desarrolló en torno a la figura de Arturo Alessandri Palma, que comprendió distintos hitos fundantes de largo aliento: desde su muerte en 1950, pasando por la erección de su estatua en 1958 y el centenario de su nacimiento en 1968, además de su utilización política en distintos momentos de la dictadura militar (1973-1990). En ese sentido, este ensayo bibliográfico se enmarca un proyecto de mayor envergadura que se encuentra todavía en desarrollo<sup>2</sup>.

El objetivo de este ensayo es realizar un balance historiográfico en torno a la figura de Arturo Alessandri Palma, cuya estatua se erige hasta el día de hoy en el frontis del Palacio de la Moneda como único protagonista, y que motivó —como en otras oportunidades— una espontánea y apasionada discusión hacia 2002 respecto de su figura. Entonces nos preguntamos ¿cómo se fundamenta su sitio en el panteón nacional? ¿Su imagen heroica se ha construido desde la historiografía? ¿Qué características comparte la historiografía acerca del caudillo? ¿Cuáles son las características particulares de su “heroísmo”? Como fuentes de este trabajo empleamos fundamentalmente obras de carácter histórico referentes a la figura del célebre mandatario, ya sea que traten su propia efigie o por el período en cuestión en el que desarrolló su acción política.

## ¿Historiografía alessandrista? Desde la muerte del León hasta el fin de la dictadura militar

El primer antecedente hagiográfico sobre Arturo Alessandri Palma lo encontramos en 1942, año en que el exmandatario volvía a la escena política como senador, desde que dejara el sillón presidencial por segunda vez en 1938. En ese contexto, el periodista René Olivares

---

2 Sobre Alessandri hemos escrito: Elgueda Labra, 2016, 2019 y 2022.

decidió realizar un homenaje al León de Tarapacá, publicando *Alessandri: precursor y revolucionario*, un texto que abriría camino a las diferentes manifestaciones historiográficas posteriores a su muerte, en 1950.

Para René Olivares, Alessandri se distinguía por ser el responsable de introducir en Chile un nuevo tipo de política, más cercana y humana sobre todo en relación con las masas. No obstante, también reconocía que durante su segundo gobierno había dado un golpe al concepto clásico de “libertad” (es decir, en términos de pensamiento y prensa), al ordenar la incineración de la revista humorística *Topaze* y al reprimir las manifestaciones de sus opositores mediante el uso de facultades extraordinarias y de organismos paramilitares (Olivares, 1942:13). Entre las obras notables que este autor identificaba con el León se encontraba sobre todo la Constitución de 1925, por haber establecido la separación entre Iglesia y Estado, y la creación del Banco Central que, a su juicio, había permitido la estabilización de la moneda en Chile. Con todo, lo cierto es que, antes que realizar un profundo análisis de la acción política del expresidente, lo que buscaba Olivares no era otra cosa que aclamar a Alessandri por su retorno a la política, ahora en calidad de senador. Y es que, según Olivares, con su regreso:

“los nuevos líderes, insuficientes, vacíos, torpes e impreparados, aparecen como marionetas a su lado, desmañados, carentes de flexibilidad tribunicia del encendimiento magistral de este viejo político, y se sienten obscurecidos opacos ante tal manifiesto brillo como es el de éste sol que renace, flamígero renovado, lleno de laboriosidad, a sus años” (Olivares, 1942: 11).

Dos años más tarde, el abogado Armando Rojas Molina publicó un breve texto titulado *Alessandri y Ríos*, en el cual realizaba una semblanza de ambos líderes políticos, vinculados, a su juicio, porque Arturo Alessandri había sido el responsable del triunfo de Juan Antonio Ríos en la elección presidencial de 1942, al expresar públicamente su apoyo. Rojas analizaba ambos períodos presidenciales del León: en el primero (1920-1925) lo responsabilizaba de importantes avances políticos, como el término del parlamentarismo, la promulgación de leyes sociales o la separación entre Iglesia y Estado (1944: 9). Por otra parte, elogiaba su segundo mandato porque había recibido el país en “banarrota” y en “desorden político”, y lo había entregado con una econo-

mía floreciente, además de “haber normalizado la vida constitucional después de un período caótico de asonadas, que tanto amenguó el prestigio de la República” (10). Para este autor, entonces, su primera presidencia había sido una revolución y, en consecuencia, había sido “demoledora”; mientras que en la segunda había construido “un hermoso edificio”, a saber, un nuevo régimen político.

En definitiva, según Rojas, a pesar de su complejidad, Alessandri podía ser definido de acuerdo con su primera campaña presidencial: “en ella demostró percepción casi milagrosa de las ideas y aspiraciones de la muchedumbre y las antenas de un espíritu altamente sensitivo”, en la que “como nuevo Moisés, señaló al pueblo la tierra prometida” y “blandía la palabra encendida que parecía volar por encima de las murallas, hacia la Moneda” (11).

En virtud de sus respectivos tonos, es plausible que los textos reivindicatorios de René Olivares y Armando Rojas Molina estuviesen motivados por una necesidad de procesar, calibrar y atenuar las críticas de las que había sido objeto Arturo Alessandri. Especialmente tras dejar su segunda presidencia, un período de agitación sociopolítica y, sobre todo, caracterizado por su autoritarismo.

Alessandri era consciente de este problema y trabajó deliberadamente en su legado. Esto no sólo se vio reflejado en su dimensión más evidente, a saber, sus obras *Chile y su historia* (1945) y *Recuerdos de gobierno* (1952), sino sobre todo porque parte importante de quienes tras su muerte se pronunciaron sobre su figura eran amigos suyos, existiendo estrechos vínculos personales que él se esforzó por construir; por ejemplo, con el historiador Guillermo Feliú Cruz, entre otros. De hecho, incluso es plausible que la famosa diatriba de Ricardo Donoso (que analizaremos en un momento) se fundamentara no sólo en los legítimos reparos que este historiador podía tener con la acción política de Alessandri, sino también porque, además, este último tuvo la osadía de quejarse públicamente respecto de Donoso en *Rectificaciones al tomo IX de la “Historia de América” bajo la dirección superior de Ricardo Levene* (1941), a propósito de su interpretación respecto de sus dos gobiernos. Estamos, en efecto, en presencia de un fenómeno complejo y que, como hemos esbozado en la introducción, es parte de una investigación más amplia que involucra además el estudio de la relación entre historiografía y poder.

El 24 de agosto de 1950, siendo presidente del Senado, murió el León de Tarapacá. Aquel fue un suceso que golpeó a la escena pública chilena de la época y, por supuesto, motivó el surgimiento de obras históricas que abordaron su figura de manera más acabada, desde distintos ángulos. Así, el primero fue el académico e historiador Guillermo Feliú Cruz, quién publicó ese mismo año *Alessandri, personaje de la historia*, un texto basado en un extenso discurso que redactó con ocasión del funeral del exmandatario, en el cual —a través de un estilo ensayístico y libre— caracterizó el legado político de su figura que, a su juicio, era más grande incluso que Diego Portales, porque no utilizó la violencia para conseguir sus objetivos (1950: 21).

En ese sentido, el autor reconocía tres dimensiones en Alessandri: el Caudillo Demoledor de 1920, el Constructor de 1925 y el Consolidador de 1932-1938, densificando de algún modo el argumento de Rojas Molina. El primero, lo advertía en la campaña de 1920, en la que, a su juicio, por primera vez se había hablado en Chile de un nuevo estilo y lenguaje político, marcado por conceptos como “justicia social”, “leyes sociales”, “tolerancia religiosa” e incorporación de las masas a una verdadera ciudadanía (16). Una labor, a su entender, posibilitada gracias al poder de observación del León, especialmente en su experiencia como parlamentario, además de su sensibilidad e intuición respecto de las masas. Todas esas ideas se habrían concretado en 1925, cuando surge el Constructor: y es que, según Feliú Cruz, la Constitución de 1925 recogía la experiencia histórica del régimen parlamentario, restableciendo así un equilibrio en los poderes del Estado al suprimir antiguos organismos como el Consejo de Estado y la Comisión Conservadora (21). Sin embargo, después del retiro de Alessandri en 1925 comenzaría, en opinión de este autor, un período de ensayo y simulación constitucional, de “anarquía”, que no se detendría hasta su retorno a La Moneda como Consolidador, en 1932. En efecto, según este argumento, con la vuelta del León se producía la restauración civil, el orden de la ley, reconstruyendo, afianzando y cimentando todas las instituciones (58). En suma, a ojos de Guillermo Feliú Cruz, Alessandri no habría hecho otra cosa más que crear nuevamente la conciencia civil y consolidar el orden político, jurídico y social, levantando, junto con esta magna obra, odiosidades desde sus opositores políticos.



Inmediatamente al año siguiente, el abogado y escritor Samuel Gajardo publicó *Alessandri y su destino*, un texto que también pretendía realizar una revisión sobre la obra política del exjefe de Estado en sus dos mandatos. Para Gajardo, se trataba de un ciudadano eminente, con muchos partidarios y admiradores, aunque también enemigos a nivel personal, lo que no impedía la existencia de un consenso sobre lo extraordinarias que eran las capacidades de Alessandri, sobre todo en relación a sus ideas renovadoras, su “audacia” y su “temeridad” (1951:14). Asimismo, este autor consideraba que el León había armonizado la Constitución de 1833 de acuerdo con las nuevas necesidades del Chile del siglo XX, dando lugar a la Carta Fundamental de 1925, gracias a la cual habían sido posible hitos políticos como la separación entre Iglesia y Estado y el fin del parlamentarismo.

Por otra parte, Samuel Gajardo explicaba el cambio en el contenido político de Alessandri entre sus dos administraciones. A su entender 1925 y 1932 eran momentos históricos distintos porque, al iniciar su segundo gobierno, el régimen constitucional se encontraba quebrado por golpes de Estado, motines y frecuentes cambios de gobierno, siendo necesario restablecer la paz social, el derecho y las estructuras sociales. En efecto, se habría tratado de una tarea de consolidación institucional, esto es, de la implantación estricta del régimen presidencial de acuerdo con la Carta de 1925, así como del mejoramiento de la situación económica poscrisis de 1929, un proceso que no estuvo exento de represión (1951: 224). En ese sentido, justificaba la reducción de libertades impuesta por Alessandri entre 1932-1938 —algo sobre lo que ya había reparado René Olivares—, comparando el contexto con la República de Roma, cuando los cónsules nombraban un dictador y autorizaban restringir las libertades públicas para proteger la estabilidad política.

Durante el mismo año, Julio César Jobet publicó su *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, un historiador de estrecha relación intelectual con Guillermo Feliú Cruz quien, de hecho, escribió el prólogo de la obra, proporcionando copiosos elogios hacia su discípulo<sup>3</sup>. Sin embargo, precisamente en ese apartado Feliú Cruz nos previene que no estaba “de acuerdo con el juicio de Jobet en muchos aspectos” y explícitamente dejaba claro que: “no acepto ni comparto,

---

3 Sobre la relación particular entre Jobet y Feliú, véase Villar (2021).

por motivo alguno, la opinión que le merece la primera y segunda administración del Presidente Alessandri”, aunque “estos y otros juicios, que no suscribiríamos, no invalidan el libro de Jobet como ensayo de verdadero mérito histórico” (Feliú Cruz, 1951: IV). Este episodio, por sí solo, habla de la importancia de Alessandri en la conciencia histórica de Feliú Cruz. Pero más allá de eso, ¿cuáles eran esos juicios de los que el maestro de Jobet nos quería prevenir?

Desde un enfoque marxista, Jobet definía al primer gobierno del León como “desorientado” y “demagógico”, constituyendo una trágica inoperancia, particularmente porque había elegido como ministros a hombres incompetentes y mediocres, sin ser capaz de concretar sus ambiciones de gobierno. Sin perjuicio de eso, le reconocía a su primera administración una apreciable transformación social, avanzando en el proceso de democratización del país, a pesar de la oposición de la oligarquía plutocrática contra la que se levantó (1951: 147). Respecto de su segundo gobierno, iniciado tras el “ruido de sables” (1924) y la República Socialista (1932), afirmaba que en torno a Alessandri se había reagrupado y cohesionado nada menos que la clase dominante chilena: latifundistas, banqueros, grandes industriales y comerciantes, la Iglesia y, por supuesto, el capital imperialista. A su entender, esto explicaba la política reaccionaria de 1932-1938, dirigida hacia el enaltecimiento y consolidación de la oligarquía (179). Un aspecto notable en la argumentación de Jobet es que citó y se basó en algunos argumentos del historiador Ricardo Donoso (1951) —colega y rival académico de Guillermo Feliú Cruz en la Universidad de Chile— quien, hasta entonces, había esbozado algunas ideas al respecto, pero que desarrollaría con mayor profundidad al año siguiente.

Así, el académico e historiador Ricardo Donoso publicó *Alessandri: agitador y demoleedor*, en dos tomos, publicados en México en 1952 y 1954. En su maciza obra, el autor pretendía analizar tanto la acción política del León en ambos mandatos, como la intimidad del carácter del expresidente que, a juicio del autor, ayudaría a explicar su conducta política. En términos generales, Donoso caracteriza a un político “oportunista”, hábil para captar las corrientes ideológicas predominantes y utilizarlas a su favor, sin tener ninguna convicción profunda, como “un actor”. Del mismo modo, describe en Alessandri un afán constante de figurar, de exhibirse, sin soportar la vida privada:

“Entre otros rasgos [psicológicos] que se destacan firmemente: en primer término la pasión por el poder, la tendencia absorbente y predominante a ejercer el mando, para lo cual no retrocederá ante ningún medio ni tendrá ningún escrúpulo: de aquí su obra demagógica y demoledora, halagará a las masas y soliviantará al populacho; mientras de otro lado introducirá la política de los cuarteles y utilizará a los grupos armados como instrumento de ambiciones políticas” (1952: 7-8).

En términos estrictamente políticos, para Donoso la Constitución de 1925 era efectivamente obra del León de Tarapacá, pero la condenaba porque rompía con todos los moldes clásicos del equilibrio de poderes, propiciando de esa manera el caudillismo, al empoderar en demasía la autoridad presidencial. Lo anterior se sumaba a que, en su opinión, dicha Carta Magna marcaba la ruina del antiguo Estado liberal y abría camino a un vasto movimiento de transformaciones de una economía fuertemente intervenida por el Estado, lo que era catastrófico en atención a los problemas inflacionarios que entonces experimentaba Chile (1954: 7). Sin embargo, como veremos, de cara a la posteridad, esta última interpretación de Donoso no tendría demasiado eco y los méritos políticos asignados a Alessandri estarían por sobre los contratiempos económicos posteriores que acusaba dicho autor.

Dos años después de la erección de la estatua de Alessandri en el frontis del Palacio de La Moneda, el historiador Augusto Iglesias alzó su pluma para responderle a Donoso, publicando en 1960 su libro *Alessandri, una etapa de la democracia en América*. Iglesias buscaba profundizar en la figura del expresidente, realizando una crónica de la familia Alessandri en Chile desde comienzos del siglo XIX hasta 1925. En ese sentido, calificó a la obra de Donoso como literatura panfletaria, escrita con el solo objeto de insultar y agredir al León de Tarapacá, sin argumentos de fondo (1960: 11). Respecto de su acción política propiamente tal, Iglesias se enfocó en la primera presidencia, señalando que el destino había elegido a Alessandri para dirigir una etapa de la historia. En suma, para Iglesias, el León era un estadista y un demócrata, sobre todo porque había logrado imponer un espíritu de conciliación en el país, que era el verdadero mandato interno del presidente, lo que evitó su devenir en dictador (10).

En diciembre de 1968 tuvo lugar el centenario del natalicio del exmandatario, ocasión a propósito de la cual recibió múltiples homenajes a los pies de su estatua, frente al Palacio de la Moneda. En ese contexto, Guillermo Feliú Cruz reeditó por cuarta vez su publicación de 1950, manteniendo de manera idéntica su argumentación respecto de los ejes de “demoledor”, “constructor” y “consolidador”.

Más tarde, al año siguiente de ser perpetrado el golpe de Estado encabezado por Augusto Pinochet, el abogado e historiador René León Echaíz publicó su libro *Pensamiento de Alessandri*, en el que recopilaba una multiplicidad de discursos e intervenciones públicas del León ordenadas temáticamente. Entre los tópicos se encontraban: gobierno y principio de autoridad; cuestiones sociales; regímenes políticos; Fuerzas Armadas; educación, entre otros. La obra tenía el objeto de difundir y socializar las ideas que habían motivado la acción política del exmandatario a lo largo de su vida política.

En el prólogo del libro, el autor ponía en valor la figura de Alessandri y, como en obras anteriores, dividía su legado político en dos etapas, en virtud de sus dos mandatos. De ese modo, para René León Echaíz su primer gobierno habría sido una fase de una lucha apasionada, que removió la conciencia nacional permitiendo la evolución social y política. Mientras que su segundo período habría constituido una serena etapa de afianzamiento institucional, de robustecimiento del principio de autoridad, de restauración del orden público y de una lucha por la concordia nacional (1974: 11-13). En este sentido, es plausible que este autor, quién falleció en 1976, viera en los primeros meses de la dictadura un escenario homólogo al de la crisis sociopolítica que había tenido que enfrentar Alessandri a inicios del siglo XX, en la que también tomaron parte militares, buscando relevar su figura para comprender y solucionar la crisis.

Más tarde, la figura de Alessandri, en tanto hombre de Estado civil y demócrata, se volvió atractiva como figura histórica de relevancia política en contra del régimen dictatorial de Augusto Pinochet (Salazar, 1999: 43). Este fue el caso de un grupo de historiadores, varios de ellos jóvenes, que publicarían el libro *7 ensayos sobre Arturo Alessandri*, en 1979, convocados por el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH). Liderados por Claudio Orrego Vicuña, participaron Ignacia Álamos, Mariana Aylwin, Sofía Correa, Nicolás Cruz, Juan Carlos Gon-

zález, Virginia Krzeminski y Sol Serrano, en su mayoría vinculados a círculos demócratacristianos y a la Universidad Católica. El volumen publicado dio a luz a siete artículos de carácter ensayístico referentes a variados temas sobre la figura de Alessandri (Orrego, 1979). Los textos de Cruz, Serrano, Correa, Aylwin y Álamos fueron los más sugerentes en términos de la interpretación política del personaje, mientras que González y Krzeminski abordaron el rol de Alessandri en la separación Iglesia-Estado y el modo en que impulsó leyes sociales en su primer período.

Para Nicolás Cruz, el León habría sido el centro de la vida política chilena durante 35 años, utilizando desde sus inicios un lenguaje cercano a las masas populares. Contextualiza a Alessandri en una sociedad que está cambiando y en la que él se erige como un hombre de tiempos nuevos, de manera que le destaca virtudes extraordinarias, como una astucia poco común y un pragmatismo poco habitual en los políticos. El León también habría sido un ácido crítico de la matanza de Santa María de Iquique, cuestión que, según Cruz, motivó su campaña por la senatoría de Tarapacá. Asimismo, el autor sostiene que logró la identificación política con las masas, no actuando sobre ellas, sino que permitió que éstas entraran en él, convirtiéndose en un vehículo de su expresión (1979: 155).

Por su parte, Sol Serrano caracteriza a Alessandri nada menos que como un heredero de la Ilustración, fiel seguidor de la Revolución francesa y de los miembros de la III República. De hecho, plantea que el lenguaje del León demostraba los pilares desde los cuales se sustentaba su fuerza avasalladora. Según esta autora, Alessandri usaba el lenguaje de la ciencia, que le daba la certeza de lo objetivo; además, tenía un lenguaje de psicología y sociología que su intuición y temperamento conocían bien: el lenguaje de la emoción, por lo cual sabía rescatar las emociones colectivas. En efecto, para Serrano, se trataba de un demócrata y el conductor emotivo del pueblo que rompió el estilo tradicional chileno (1979).

Un texto fundamental es el de Mariana Aylwin e Ignacia Álamos. En su trabajo, las autoras subrayaron la importancia de Alessandri en las relaciones cívico-militares durante el primer tercio del siglo XX, caracterizando al exmandatario por su deseo de mantener la continuidad política, siendo un político a la vez renovador y tradicionalista. En efec-

to, las autoras plantean una dualidad en la relación del León con los militares: mientras en su primer gobierno mostró un acercamiento y simpatía mutua, en el segundo mantuvo una actitud implacable y hostil, “fruto de resentimientos y de una resolución firme de desplazar el militarismo de la vida chilena, retornando al país a un cauce institucional estable y civil” (1979: 388). Este argumento claramente iba dirigido a la dictadura militar de Augusto Pinochet, sobre todo considerando que los militares habían sido respaldados por la Democracia Cristiana en 1973, pero seis años más tarde pedían su retorno a los cuarteles y el restablecimiento del gobierno civil, contexto en el que Alessandri era funcional.

Finalmente, Sofía Correa abordó, de manera particularmente lúcida, el segundo gobierno del León, argumentando que la importancia de ese período estuvo en la consolidación del régimen jurídico establecido por la Constitución de 1925, que finalmente se legitimó. En ese sentido, si bien en 1925 se habían opuesto radicales y conservadores, y en 1930 comunistas y socialistas, lo importante para Correa es que al final de su segundo gobierno la Constitución fue aceptada y valorada tanto por la derecha como por la izquierda. La derecha la valoró por su papel en la mantención del orden institucional y la izquierda como un instrumento para defenderse de los abusos de poder. Con la legitimación de la Constitución de 1925, afirmaba Correa, se legitimó también el gobierno civil y el régimen democrático liberal, mientras que la izquierda marxista revolucionaria se incorporó al sistema jurídico y la derecha no optó por la alternativa fascista europea (1979: 462).

También en 1979, el sacerdote e historiador Fidel Araneda Bravo publicó su libro *Arturo Alessandri Palma*, motivado por la figura de quien había ocupado 40 años de la vida nacional, entre 1910 y 1950. Para Araneda Bravo, el León de Tarapacá era una figura notable de la historia política nacional, porque en su primer gobierno había dictado las primeras leyes sociales no sólo de Chile, sino de Hispanoamérica, además de haber reformado la Constitución de 1833 y haber devuelto el régimen presidencial derrocado en 1891. Asimismo, Araneda Bravo subrayaba su segunda administración porque había logrado restablecer el imperio de la Constitución y marginar a las Fuerzas Armadas de la política contingente, lo que una vez más iba en alusión al gobierno de Pinochet. Por último, lo ubicaba entre “los seis grandes constructo-

res de la nacionalidad chilena”, junto a Bernardo O’Higgins, Diego Portales, Andrés Bello, Manuel Montt y José Manuel Balmaceda (1979: 6).

Más tarde, en 1981, Mario Góngora publicaría su célebre y notable *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, dedicándole varias páginas a Arturo Alessandri Palma, a quién calificó como un “caudillo”. En efecto, bajo ese argumento, el León habría sido durante su primer gobierno una suerte de Tribuno de la Plebe, como representante y conductor de las demandas sociales por vías institucionales. Más tarde, nos dice Góngora, en su segundo período, ya con un perfil más maduro, se encargaría finalmente de llevar a la práctica el régimen de gobierno que el mismo había impulsado en su primera presidencia a través de la Constitución de 1925 (1981: 58). De esa manera, lo fundamental de Alessandri para Góngora sería que había sido el responsable de inaugurar un régimen presidencial con alianza de partidos, que marcaría la primera mitad del siglo XX chileno hasta la llegada de las planificaciones globales.

Al año siguiente, René Millar (1982) publicó *La elección presidencial de 1920*, una maciza investigación académica con un acabado trabajo documental en torno a esa coyuntura electoral en la que Alessandri fue protagonista. El autor propone que los comicios de 1920 reflejaron un momento de transición y mutación de valores, ideas y estructuras socioeconómicas en Chile, en que se encontraron resabios del siglo XIX con esbozos del siglo XX. En ese sentido, de acuerdo con Millar, Arturo Alessandri fue un polo de atracción para sectores no tradicionales que experimentaron el incipiente despertar de una conciencia ciudadana en algunos sectores obreros y de clase media. Esto en un contexto estructural más amplio que consideraba varios factores, como el aumento de urbanización y de alfabetización en el país, las condiciones de existencia de la población y la situación económica internacional, entre otros. Sin perjuicio de lo anterior, Millar precisa que, igualmente, Alessandri necesitó de prácticas tradicionales para triunfar en las urnas y que dicha conciencia ciudadana fue limitada. En suma, el León encarnaba una época en que coexistían los siglos XIX y XX.

Finalmente, en el ocaso de la dictadura militar, el historiador Gonzalo Vial Correa publicó el tercer volumen de su *Historia de Chile (1891-1973)*, centrado en el primer tercio del siglo XX y en el que Alessandri era protagonista. De acuerdo con este autor, el León había

sido el responsable de dirigir distintas fuerzas sociales y sus demandas, buscando la evolución del régimen oligárquico-liberal para, de esa manera, evitar la revolución social. En el relato de Vial, Alessandri se caracterizaba por adaptarse a las diferentes situaciones políticas que debía enfrentar, y por lo tanto evolucionaba. De ese modo, mientras en su primer mandato el León era mucho más proclive a conductas populistas, en el segundo, tras la “anarquía” (sic) producida luego de la caída de Ibáñez, que incluyó la República Socialista de 1932, éste se encargó de imponer el orden institucional (1987: 35).

## Alessandri interpretado desde la posdictadura

Tras el fin de la dictadura militar de Augusto Pinochet, varios esfuerzos intelectuales se enfocaron en intentar explicar la crisis de la democracia acaecida en 1973, devenida en un régimen autoritario que acababa de terminar. De ahí que varias de las obras publicadas en el período ubicaron su objeto de estudio en el sistema de partidos o el régimen político chileno que había dado origen al Estado de compromiso, o lo que Góngora había llamado un “régimen presidencial con alianzas de partidos”.

En el marco de esa tarea, en 1992 el politólogo Timothy Scully destacó a Arturo Alessandri por haber sido capaz de canalizar un conflicto de clases sociales en el espacio urbano expresado en la cuestión social, lo que a su entender representaba una fisura en el corazón de la sociedad chilena. De ese modo, según el argumento esgrimido por este autor, el León habría logrado institucionalizar —en su segundo gobierno— dicho conflicto en el sistema de partidos políticos, reestructurando las relaciones de poder entre las agrupaciones sociopolíticas del país y dando origen a un ordenamiento que sólo caería en 1973 (1992: 89 y 144).

Durante el mismo año, Paul Drake escribió desde la supuesta excepcionalidad chilena en América Latina, abordando especialmente el período entre 1930 y 1970, cuya estabilidad se habría debido a la existencia de un sistema electoral plural. En ese sentido, este autor califica el primer tercio del siglo XX chileno como un período de convulsión, con revueltas sociales e intervenciones militares, alejado de esa excepcionalidad chilena. Para Drake, ahí entra en escena la figura de Arturo Alessandri quien, en su segundo gobierno, habría devuelto a la demo-



cracia institucional y representativa su tarea de conducir y resolver los problemas surgidos en el seno de la sociedad a través de conductos institucionales. De manera que sectores sociales antes marginados ahora se organizarían en partidos y se incorporarían al Estado liberal a competir políticamente por instalar sus ideas (1992: 9-80).

En la misma línea de argumento que los autores precedentes, Tomás Moulián (1993) subrayaría más tarde que el marco institucional articulado durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri había permitido un consenso sociopolítico amplio, basado en compromisos entre distintos sectores sociales, sometiendo el acceso y la sucesión del poder a parámetros estrictamente legales, y abriendo un período reformista de larga duración que tuvo lugar entre 1932 y 1973.

En otras palabras, Scully, Drake y Moulián coincidían durante la posdictadura en el diagnóstico que explicaba la formación del régimen político chileno en el siglo XX hasta el quiebre de la dictadura militar, un cuadro en el que Arturo Alessandri era protagonista y hasta cierto punto el autor de ese ordenamiento político a través de la Constitución de 1925 y el realineamiento de fuerzas durante su segundo gobierno. Este es un elemento contextual de importancia para considerar la discusión que tuvo lugar en 2002.

Desde un enfoque monográfico, Verónica Valdivia (1999) volvería sobre la figura del exmandatario en un sugerente artículo titulado “Yo, el León de Tarapacá,” publicado en la revista *Historia* de la Universidad Católica. En él planteaba que la llegada de Alessandri a la Presidencia de la República, en 1920, significó un nuevo estilo de hacer política, caracterizado por la movilización de la masa ciudadana, fenómeno inédito hasta entonces. Sin embargo, aquello sólo tendría efecto durante el proceso electoral, dado que, para Alessandri, la movilización no debería ser permanente, sino exclusivamente coyuntural. Esto porque, en definitiva, las reformas que éste perseguía —leyes sociales en particular— habrían estado dadas por vehículos legales, de manera que la movilización popular era sólo un instrumento (1999: 511). Una línea argumental que la autora profundizaría más tarde junto a Julio Pinto (2001).

Finalmente, Gabriel Salazar y Julio Pinto publicaron en 1999 el primer tomo de su *Historia Contemporánea de Chile*, a cargo de Salazar,

titulándose “Estado, legitimidad, ciudadanía”. En esta obra, Arturo Alessandri se enmarcaba en una coyuntura constituyente a comienzos del siglo XX, en la que el León habría traicionado el proyecto constitucional emanado de los movimientos sociales de la época e implementado uno propio, representante de la clase política a la que él pertenecía: la Constitución de 1925. De esa manera, según el autor del primer tomo, Alessandri “rescató el sistema político evitando una ruptura revolucionaria a que lo arrastraba su crisis, rescatando con ello la oligarquía política que lo controlaba y los partidos que se disputaban el poder electoral, a la vez que neutralizó y despotenció, uno a uno, todos los movimientos sociales” (1999: 43-44). En esa línea, Gabriel Salazar argumentó que:

“así como Portales fagocitó todo el proceso de construcción estatal del período 1828-1850, así, Alessandri Palma fagocitó en el suyo el período de 1912-1938. Para ambos, tal ‘personalización’ culminó con su heroificación como ‘estadistas’ y sendas estatuas al norte y al sur del Palacio de Gobierno” (43).

## Alessandri, ¿un caudillo demagogo, desleal y enredoso?

En este contexto y con los antecedentes historiográficos desarrollados hasta aquí, se situó la polémica desatada entre abril y mayo de 2002 que iniciaron Alfredo Jocelyn-Holt y Patricio Valdés Aldunate, y que se extendería de manera considerable, sobre todo a través de múltiples cartas al director que fueron publicadas en el diario *El Mercurio*.

Tras la respuesta de Aldunate, Jocelyn-Holt no modificó un ápice su postura y le respondió de manera contundente al abogado, fundamentando por qué Alessandri había sido “un caudillo demagogo, desleal y enredoso” (*El Mercurio*, 07-IV-2002: E2). El historiador refrendaba que, efectivamente, el exmandatario había sido un *demagogo*, porque “su oratoria populista, antioligárquica incendió pasiones clasistas y resentidas en el electorado”; también había sido *desleal*, porque primero se identificó como “antibalmacedista, luego ‘cliente’ del cacique parlamentarista Fernando Lazcano, para después chaquetearse y pregonar un presidencialismo fuerte” agregando que, además, fue “oportunista, escalador, embaucador de masas” y, por último, *enredoso*, porque hizo “tratativas con militares”, lo que quedaba refrendado en la matanza del

Seguro Obrero. En seguida abundó en que “en el plano personal, Alessandri era algo complicado... lo postulan hasta la chismografía y muchos otros; últimamente, Vial Correa” (*El Mercurio*, 21-IV-2002: A2).

A continuación, Jocelyn-Holt citó a Ricardo Donoso para explicar que el problema con Arturo Alessandri era que “muchos serviles adulones” le habían “tejido los más absurdos panegíricos y los elogios más disparatados”, y terminó su respuesta contestando al emplazamiento de serenidad y rigor histórico que había hecho anteriormente Valdés. Así, lo acusó de no leer “suficiente historia”, invitándolo, desde su “calidad de profesor que imparte el ramo de teoría de la historia a nivel de estudios de pre y posgrado”, a estudiar historiografía y, de esa forma —esperaba Jocelyn-Holt—, “quizás lo piense dos veces antes de incursionar en temas en que hasta los amateurs pueden opinar lúcidamente” (*El Mercurio*, 21-IV-2002: A2).

Luego se incorporó a la discusión Gustavo Alessandri, sobrino nieto del León. En su carta acusó a Jocelyn-Holt de juzgar fuera de contexto al exmandatario, “actualizando procacidades olvidadas y debidamente ponderadas por la Historia”, cuando en verdad había sido un caudillo político que “remeció desde sus cimientos a Chile, despertándolo de su siesta colonial” y “nos puso, como nación, al ritmo de los nuevos tiempos” (*El Mercurio*, 24-IV-2002: A2).

Más tarde volvió a contestar Patricio Valdés Aldunate, refiriéndose punto por punto a las afirmaciones de Jocelyn-Holt. Así, rechazaba que Alessandri fuera un *demagogo*, lo demostraban a su juicio “las leyes que pese a una oposición parlamentaria brutal promulgara, como por ejemplo las llamadas ‘leyes sociales’, además de su obra magna, la Constitución de 1925, luego de su retorno del exilio”; tampoco consideraba que fuera *desleal*, puesto que en sus obras (*Chile y su historia*, además de *Recuerdos de gobierno*) había dejado “testimonio de las poderosas razones que lo movieron a preferir el presidencialismo al régimen parlamentario”; tampoco lo consideraba *enredoso* y, de hecho, acusaba que era Jocelyn-Holt el que se enredaba y “echa mano de la chismografía”, atacando de paso a Gonzalo Vial, “para afirmar, ahora, que don Arturo sería ahora ‘algo complicado’” (*El Mercurio*, 25-IV-2002: A2). Por último, Valdés Aldunate le sugirió a Jocelyn-Holt leer *7 ensayos sobre Arturo Alessandri*, “de que es autora, entre otros, su cónyuge, y recordarle que la circunstancia de leer muchos libros sin

digerirlos adecuadamente no siempre conduce a la sabiduría” (*El Mercurio*, 25-IV-2002: A2).

Días después se sumaron a la discusión dos estudiantes de Cuarto Medio del Liceo Arturo Alessandri Palma de la comuna de Romeral, Provincia de Curicó: Soledad Ponce Araneda y Luis Pereira Mella. Ambos declararon haber seguido con atención la polémica y enviaron una respuesta a todas luces mediada por las autoridades del colegio. Al respecto declararon que se sentían “ofendidos y desilusionados” al ver como denigraban “la imagen que tenemos de un ex Presidente de Chile”. También interpelaron al motivador de la polémica: “quizás el señor Jocelyn-Holt considera hasta ridículo tener un busto en la plaza de nuestra comuna y otro al interior de nuestro liceo, donde preside los actos cívicos”, pero “muchos jóvenes romeralinos hemos crecido a la sombra de su estatua y es parte de nuestra vida estudiantil” (*El Mercurio*, 29-IV-2002: A2). De hecho, la intervención de ese colegio motivaría un breve reportaje en *Las Últimas Noticias* sobre el enfrentamiento entre Jocelyn-Holt, Valdés y el colegio. El historiador declinó seguir comentando el asunto debido a que “nada de lo que se ha dicho han sido materias de fondo”; mientras que el abogado declaró que trataba de “hacer justicia para un Presidente que fue atacado con opiniones que no corresponden a la realidad histórica” (*Las Últimas Noticias*, 02-V-2002: 7).

A pesar de algunas de sus destempladas formas, Alfredo Jocelyn-Holt tenía razón: la discusión no abordó el tema de fondo. Por el contrario, se limitó a la defensa apasionada y rabiosa de una figura histórica que, bajo el entender de algunos, había sido objeto de críticas infundadas. Lo relevante, a nuestro entender, es que, directa o indirectamente, en el debate de 2002 estuvo patente el peso de tradición historiográfica desarrollada en torno al León a lo largo del siglo XX. Es decir, los argumentos empleados a favor y en contra de la figura del exmandatario estuvieron contruidos sobre la base de los distintos trabajos historiográficos examinados en el apartado anterior. Cada uno de ellos producidos en contextos disímiles y, por lo tanto, motivados por preguntas e intenciones también diferentes.

En esa línea, el debate continuaría y superaría a sus iniciales protagonistas. El entonces estudiante de Licenciatura en Historia Pablo Moscoso Farías se refirió a la polémica reparando en que eran “pocas

las personas que realmente han refutado” las afirmaciones de Jocelyn Holt, por el contrario, “la nota fuerte y más común ha sido la descalificación”. En ese sentido, declaraba estar “sorprendido por la carencia de crítica existente en toda esta pseudo-discusión... desde los ladridos de perro hasta decir que se ha denigrado y por lo tanto insultado la figura del ex Mandatario”. Por último, respecto de la carta de los estudiantes del liceo de Romeral, Moscoso mostró su “desconcierto”, porque éstos representaban “en cierta forma, nuestro futuro, un futuro por lo demás falto de crítica”. Y se cuestionaba: “¿qué es lo que nos está pasando con nuestra capacidad de crítica y por tanto de discutir?” (*El Mercurio*, 02-V-2002: A2).

Con posterioridad se pronunció sobre su abuelo nada menos que Arturo Alessandri Besa. En su carta explicaba que escribía con el deseo de “manifestar públicamente mis más sinceros agradecimientos a todos aquellos que salieron en defensa del ciudadano que, la gran mayoría de los historiadores y los chilenos, considera el más importante en el devenir de Chile en la primera mitad del siglo XX”. En seguida destacó la vocación de servicio público en Alessandri Palma, demostrada en que ocupó varias veces el cargo de diputado, tres veces el de senador y dos veces el de presidente de la República, e incluso murió “en la actividad política que tanto le atraía, como presidente del Senado”. El nieto del León y ex candidato presidencial en 1993 aprovechó también el espacio para agradecer “a todos aquellos que hicieron llegar a mi familia personalmente sus cariñosas expresiones de apoyo y de rechazo a las deleznable calificaciones que la opinión pública ya conoce”, y finalizó del modo en que reza el epígrafe de este artículo (*El Mercurio*, 05-V-2002: A2).

Más tarde, el abogado José Miguel Figueroa Canales se remitió a la “ruidosa polémica” con la intención de ponderar la discusión, citando a dos historiadores pertenecientes a distintas tradiciones intelectuales: Mario Góngora y Ricardo Donoso, con el objeto de demostrar que, a pesar de sus distancias, coincidían en un punto. Según Figueroa, en palabras de Góngora, Alessandri “simbolizó el final del liberalismo aristocrático y la entrada violenta de nuevos protagonistas del siglo que serán puramente democráticos”, mientras que para Donoso el León había sido “el sepulturero del parlamentarismo” y “su advenimiento al poder señaló la caída de la aristocracia y la conquista del po-

der político por la clase media”; o, como lo resumía el mismo Góngora, “tras el demagogo, había un estadista” (*El Mercurio*, 06-V-2002: A2).

En el colofón de la discusión se pronunciaría Sergio Guilisasti, afirmando que había conocido personalmente a Alessandri en el “antiguo Senado”. En su concepto, era “el estadista chileno más connotado no sólo de una mitad, sino de todo el siglo recién pasado”, lo que se veía reflejado en “su maciza obra social y política de parlamentario y gobernante democrático” (*El Mercurio*, 07-V-2002: A2). Luego, Víctor Manuel Avilés Mejías —ex abogado DINA y CNI— celebró la “digna reacción de quién lleva su ilustre nombre”, Arturo Alessandri Besa, “quién selló la ímproba e injusta diatriba en contra de su egregio abuelo”, llamando a que la historia “se analice, estudie y escriba con objetividad y falta de apasionamiento para así poder entregar la verdad a las futuras generaciones ávidas de conocimiento y no de pelambres” (*El Mercurio*, 09-V-2002: A2). Finalmente, Pablo Sáenz de Santa María escribió, para contradecir a Guilisasti, sobre que Alessandri era el personaje más importante del siglo XX. A su entender, ese honor le correspondía a Augusto Pinochet y la Constitución de 1980: “que nos ha permitido no sólo una transición ejemplar, sino el ejercicio de una plena democracia desde 1990”, además de “la obra económica y social del Presidente Pinochet en beneficio de los más necesitados de nuestros compatriotas” (*El Mercurio*, 13-V-2002: A2).

Una pregunta que surge de este episodio es explicar por qué ocurrió una discusión de esta naturaleza tras la casual referencia de Jocelyn-Holt hacia el León, casi como si fuera un atentado a la nación y a los símbolos patrios. Una situación que provocó en su defensa a distintos miembros de una misma comunidad nacional, en este caso de la posdictadura chilena: desde familiares de Arturo Alessandri Palma, ex agentes de la CNI-DINA, nostálgicos del régimen de Pinochet y hasta un colegio en Romeral.

Es evidente que, a pesar del llamado insulso a la objetividad que —majaderamente— hicieron varios de los participantes en la discusión, lo cierto es que la historiografía tiene un uso político, particularmente en Chile (Pinto, 2016). De principio a fin, cada uno de los que tomaron parte en este debate emplearon y reelaboraron (consciente o inconscientemente) los argumentos de distintos historiadores que habían abordado la figura de Alessandri. Por cierto, la discusión también

estuvo mediada por la memoria de quienes lo conocieron en distintos espacios familiares, sociales y políticos.

Esto habla de la complejidad en los procesos de configuración heroica en que intervienen distintas interpretaciones de la historia, pero también la propia memoria de quienes vivieron una época en particular, una memoria que es absoluta y obedece a la propia subjetividad, a diferencia de la disciplina histórica, que promueve una discusión intelectual con un método definido que también obedece a su historicidad (Nora, 2009). Con todo, tanto la historia como la memoria son representaciones del pasado y no es extraño que, a menudo, se enfrenten en el espacio público de una misma comunidad nacional.

## Reflexiones finales

A diez años de esta polémica, curiosamente, la Biblioteca del Congreso Nacional (BCN) editó un texto apologético titulado *Arturo Alessandri Palma y su época: Vida, política y sociedad*, a cargo del equipo de investigación de esa institución<sup>4</sup>. Como lo señalaba el director (s) de la biblioteca, Alfonso Pérez Guíñez, en el prólogo del libro, el trabajo había sido encargado por el expresidente de la Cámara de Diputados, Juan Bustos, en el marco de una serie patrocinada por la Cámara orientada a “relevar a políticos chilenos que han ostentado la presidencia de alguna de las cámaras del Congreso Nacional y, además, la Presidencia del país” (Biblioteca del Congreso Nacional, 2012: 5). El texto —nutrido de la copiosa producción historiográfica escrita en torno al León— entregaba datos biográficos, familiares y episodios destacados de su vida política: la crisis del régimen parlamentario, las características de su primer gobierno, la Constitución de 1925, su segundo mandato, entre otros.

En virtud del recorrido que hemos realizado en este artículo, es evidente que la historiografía participó de manera determinante en la construcción heroica de Arturo Alessandri Palma, una situación que no es extraña, ni mucho menos excepcional. No deja de ser notable,

---

4 Los investigadores de la BCN que participaron fueron Nicolás Monckeberg, David Vásquez Vargas, Fernando Arrau Corominas, Mauricio Amar Díaz, Edmundo Serani Pradenas, Blanca Bórquez Polloni, Marek Hoehn, Felipe Rivera Polo y Rodrigo Obrador Castro.

sin embargo, el modo en que los estudios históricos en torno al León fueron cambiando de forma, al mismo tiempo que mantenían algunas matrices de análisis propias de las primeras aproximaciones historiográficas a su figura: sus dos gobiernos como entidades absolutamente distintas, la Constitución de 1925 como hito fundante, su rol en la cuestión social o la estructuración del Estado de compromiso; además de las categorías de análisis propuestas por Feliú Cruz a partir de Rojas Molina, a saber, “demoledor”, “constructor” y “consolidador”.

En ese sentido, la configuración heroica de Alessandri, al menos desde la historiografía, se estructuró precisamente del modo en que lo hemos adelantado en la introducción de este ensayo, a saber, mediante la insinuación de su predestinación, el elogio de un accionar excepcional y una conducta personal acorde. El exmandatario habría sido el responsable de la conducción de anhelos populares en el marco de la cuestión social, habría refundado el Estado mediante la Constitución de 1925, separando la Iglesia del Estado y creando el Banco Central. También, durante su segundo gobierno habría restablecido el orden social y político tras un período de convulsiones y alzamientos militares, adaptando su sensibilidad política a los cambios que presentaba la coyuntura. Esto, por supuesto, no evitó la expresión de posturas historiográficas contrarias al legado del exmandatario, pero estas mismas reconocieron grados de excepcionalidad (negativa, ciertamente) en su figura, aportando a una interpretación heroica.

Como hemos esbozado en las páginas precedentes, la conciencia histórica de Alessandri sobre su propia efigie y su legado no es un tema menor. Es claro que el exmandatario se preocupó deliberadamente por su imagen de cara a la posteridad, en lo que la publicación de sus *Recuerdos de gobierno* es apenas un síntoma del cuadro. Efectivamente, una parte importante de las obras publicadas en primera instancia correspondían a personas cercanas a Alessandri, que le conocieron y compartieron con él cultivando conscientemente esas relaciones; fueron los casos de Guillermo Feliú Cruz, René León Echaíz y Augusto Iglesias, por mencionar algunos. Del mismo modo en que se enfrentó a Ricardo Donoso para defender su legado, al estar en desacuerdo con su texto sobre Chile en la *Historia de América* que coordinaba el historiador argentino Ricardo Levene, con quién Alessandri también mantuvo comunicación.



Queda preguntarnos, entonces, si es posible estudiar la historia como lo exigían varios de los partícipes de la discusión sostenida en 2002, es decir, “serenos, exentos de pasión y sólo basados en el rigor histórico”. Eso supondría una historiografía desafectada de toda posición política, lo que sería una completa impostura. De hecho, el motivo por el que fue posible esa discusión, así como otras en torno al mandatario, es precisamente debido al compromiso con una postura política particular. Sin ese compromiso político es posible que la mayoría de la producción historiográfica en torno a Alessandri (y por de pronto, de muchas otras figuras) no hubiese sido desarrollada. El compromiso político ha enriquecido la producción historiográfica en Chile. A nuestro entender, lo que hace que una comunidad nacional sea tal es la posibilidad de discutir sobre la base de símbolos comunes, entre los que caben, ciertamente, las figuras históricas susceptibles de utilización política (Elgueta Labra, 2019).

## Referencias bibliográficas

### Fuentes primarias

#### *a) Publicaciones periódicas*

*El Mercurio*, Santiago, 2002.

*Las Últimas Noticias*, Santiago, 2002.

### Fuentes secundarias

#### *a) Artículos y capítulos de libros*

Aylwin, M. e I. Álamos (1979). “Los militares en la época de don Arturo Alessandri”, en C. Orrego Vicuña (Ed.), *7 ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago: ICHEH, pp. 301-390.

Bertrand, M. y L. Enríquez (2016). “Modelos heroicos decimonónicos: una mirada desde Yucatán, Costa Rica, Chile y Colombia”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 46, N° 2, pp. 9-16

Carrera Damas, G. (2003). “Del heroísmo como posibilidad al héroe nacional-padre de la Patria” en Manuel Chust y Víctor Mínguez (Eds.), *La construcción del héroe en España y México*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 31-49.

Correa, S. (1979). “Arturo Alessandri y los partidos políticos en su segunda administración”, en C. Orrego Vicuña (Ed.), 7

- ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago: ICHEH, pp. 391-462.
- Cruz, N. (1979). “El nacimiento de un líder político”, en C. Orrego Vicuña (Ed.), *7 ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago: ICHEH, pp. 119-162.
- Dedieu, J., L. Enríquez y G. Cid (2015). “Fabricación heroica y construcción de la memoria histórica chilena (1844-1875)”, en *Caravelle*, N° 104, pp. 47-70.
- Demélas, M. (1999). “Heros et formation nationale”, en *Caravelle*, N° 72, pp. 5-9.
- Donoso, R. (1951). “Alessandri, agitador y demoleedor”, en *Occidente*, Vol. 73, pp. 3-6.
- Elgueda Labra, G. (2016). “Crisis y refundación del Estado en Chile: Disputas sobre la memoria nacional en torno a la figura heroica de Diego Portales (1912-1925)”, en *Seminario Simon Collier 2015*. Santiago: RIL Editores, pp. 81-112.
- Elgueda Labra, G. (2022). “La ciudad en disputa. Espacio y sociabilidades urbanas durante las “marchas del hambre” (Santiago, 1918-1919)”, en *Revista de Historia*, Vol. 29, N°1, pp. 336-369.
- Enríquez, L. (2017). “Los héroes chilenos decimonónicos y su inclusión museográfica”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 47, N° 1, Madrid, 2017, pp. 255-274.
- Feliú Cruz, G. (1951). “Prólogo. Las ideas políticas e historiográficas de Julio César Jobet”, en J. C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, pp. III-XIII.
- Hobsbawm, E. (2010). “Nacionalismo y nacionalidad en América Latina”, en Pablo Sandoval, *Repensando la Subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*. Popayán: Envión Editores, pp. 311-326.
- Salgado, A. (2010). “Memoria, heroicidad y nación: Monumentos, topónimos, estampillas, monedas y billetes en Chile, 1880-1930”, en *Bicentenario*, Vol. 9, N° 2, pp. 29-58.
- Serrano, S. (1979). “Arturo Alessandri y la campaña electoral de 1920”, en C. Orrego Vicuña (Ed.), *7 ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago: ICHEH, pp. 51-118.
- Valdivia, V. (1999) “Yo, el León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1915 1932”, *Historia*, N° 32, Vol. I, 1999, pp. 485-551.

Vovelle, M. (2003). "La revolución francesa: ¿Matriz de la heroización moderna?", en M. Chust y V. Mínguez (Eds.) *La construcción del héroe en España y México*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, pp. 19-29.

### b) Libros

- Araneda Bravo, F. (1979). *Arturo Alessandri Palma*. Santiago: Nascimento, 1979.
- Biblioteca del Congreso Nacional (2012). *Arturo Alessandri Palma y su época: Vida, política y sociedad*. Santiago: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.
- Cid, G. (2011). *La Guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno*. Santiago: Ediciones Diego Portales.
- Donoso, R. (1952). *Alessandri: Agitador y Demoleedor*, Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Donoso, R. (1954). *Alessandri: Agitador y Demoleedor*, Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica.
- Drake, P. (1992). *Socialismo y populismo: Chile 1936-1973*. Valparaíso: Instituto de Historia UCV.
- Feliú Cruz, G. (1950). *Alessandri, personaje de la Historia*. Santiago: Editorial Nascimento.
- Gajardo, S. (1951). *Alessandri y su destino*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Góngora, M. (1981). *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile*. Santiago: Ediciones La Ciudad.
- Iglesias, A. (1960). *Alessandri una etapa de la democracia de América*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Jobet, J. (1951). *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- León Echaíz, R. (1974). *Pensamiento de Alessandri*. Santiago: Editora Nacional Gabriela Mistral.
- Millar, R. (1982). *La Elección Presidencial de 1920*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Moulián, T. (1993). *La forja de las ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973*. Santiago: ARCIS-FLACSO.
- Nora, P. (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire*. Santiago: LOM Ediciones.

- Olivares, R. (1942). *Alessandri Precursor y Revolucionario*. Valparaíso: Imprenta Sociedad Italiana.
- Orrego Vicuña, C. (1979). *7 ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*. Santiago: ICHEH.
- Pinto, J. (2016). *La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates*. Valparaíso: América en Movimiento.
- Pinto, J. y V. Valdivia (2001). *¿Revolución Proletaria o querida chusma?* Santiago: LOM Ediciones.
- Rojas Molina, A. (1944). *Alessandri y Ríos*. Iquique.
- Salazar, G. (1999). *Historia Contemporánea de Chile*. Tomo I. “Estado, legitimidad, ciudadanía” en Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile*. Santiago, Editorial LOM, 1999.
- Scully, T. (1992). *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: CIEPLAN.
- Vial, G. (1987). *Historia de Chile (1891-1973)*, Volumen III. Santiago: Editorial Santillana.
- Villar, G. (2021). *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Voionmaa, L. (2005). *Escultura pública. Del monumento conmemorativo a la escultura urbana. Santiago 1792-2004*. Santiago: Editorial Ocho Libros.
- Vovelle, M. (1989). *La mentalidad revolucionaria*. Barcelona: Crítica.

### c) Tesis

- Elgueda Labra, G. (2019). *Portales, la reconfiguración de un orden. La élite político cultural chilena y la legitimación de su cultura política. Del Estado Oligárquico al Estado de Compromiso*. Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia.